

LA CIUDAD EN SUEÑOS DIGITALES Y LA MATERIA DEL DESEO DE EDMUNDO PAZ SOLDÁN. RÍO FUGITIVO: UNA CIUDAD EN LA QUE FLUYE EL PASADO

Maritza J. Alexandra Saavedra Galindo

Universidad Nacional Autónoma de México — México, D. F.

alejandraaavedrag@yahoo.com.mx

Todos tenemos nuestra casa, que es el hogar privado; y la ciudad, que es el hogar público.

Enrique Tierno Galván

EL PEQUEÑO ESCENARIO CITADINO DE Río Fugitivo fue creado por Paz Soldán para la novela que lleva el mismo nombre y que fuera publicada en 1998. Desde entonces, sus descripciones se han hecho cada vez más agudas y Río Fugitivo, al igual que las ciudades reales, ha ido creciendo con el paso del tiempo. Esta ciudad es, dentro de la narrativa de Paz Soldán, la ficcionalización de Cochabamba; sus rasgos corresponden a los de la ciudad natal del autor, y es, a la manera de espacios como Yoknapatawpha en la narrativa de Faulkner o Santa María en la obra de Juan Carlos Onetti, el lugar en donde conviven los personajes de casi todas sus obras, de modo que tanto los personajes como los lugares reaparecen constantemente, lo que permite observar las transformaciones no sólo sociales, sino culturales de la ciudad, y contribuye a enmarcar de manera mucho más real las historias planteadas a través de las novelas.

Es importante recordar que las “ciudades literarias” son mucho más que el marco que emplean los escritores para darle un lugar a los personajes y a sus acciones. Las ciudades, y toda la carga de significación que conllevan, se deben valorar en la literatura como un referente esencial que emplea el autor para intentar subrayar la relación de los personajes con los espacios. Particularmente en la narrativa contemporánea, el espacio habla a través de sus habitantes

y al mismo tiempo se convierte en un nuevo personaje; el tono y las maneras de los individuos dentro de la literatura con mucha frecuencia suele ser también el tono y el lenguaje de la ciudad o del espacio narrado.

En el caso concreto de Paz Soldán, se aprecia un cuidado particular al referirse a Río Fugitivo. Él retrata el barrio marginal con la misma diligencia y detallismo con el que describe el lujo de los centros comerciales. Maneja las nuevas tendencias urbanas, describe su sentido violento y capta a través de sus novelas el ritmo frenético de las ciudades latinoamericanas; casi permite pensar la ciudad como otro personaje de sus narraciones.

Tanto en *Sueños digitales* como en *La materia del deseo*, llama la atención cómo se presenta la ciudad cargada de tiempos, llena de las huellas del pasado dictatorial y mutable frente al establecimiento de un esquema de modernización forzado. Es a través de la ciudad que el autor reitera las transformaciones que enfrenta la sociedad al pasar de un estado dictatorial a uno democrático, y al mismo tiempo insiste en los cambios que se producen a partir de la instauración de un nuevo modelo económico, del que proviene un nuevo estilo de vida en los habitantes de Río Fugitivo. Paz Soldán permite que el lector descubra en las calles los restos del pasado en donde habitan los recuerdos que los personajes quieren ignorar. Los muros y las calles representan una parte de la memoria oscura que se quiere ocultar y que en las novelas se nos va revelando.

Ahora bien, pensar en Río Fugitivo como el nombre de una ciudad no deja de ser algo particular, más si se entiende que la ciudad es un asentamiento fijo y que ella es en esencia estatismo; en contraposición, los ríos son corrientes continuas, móviles y dinámicas. Luz Aurora Pimentel afirma que “el nombre de una ciudad, como el de un personaje, es un centro de imantación semántica al que convergen toda clase de significaciones arbitrariamente atribuidas al objeto nombrado, de sus partes y semas constitutivos, y de otros objetos e imágenes visuales metonímicamente asociados” (2001, 29). Así, al bautizar como Río Fugitivo al lugar en que ocurren los

acontecimientos, Paz Soldán nos indica no sólo que los sucesos acaecen en una ciudad cambiante, que se renueva tal como lo hacen todos los ríos, sino que de una u otra forma se escapa; es una ciudad en la que nada permanece y en la que los esfuerzos por recuperar el pasado son una empresa de difícil éxito.

No hay que olvidar que las ciudades son espacios significantes y sus nombres corresponden a una serie de características que determinan tanto las urbes como sus habitantes. Pimentel recuerda que,

desde una perspectiva semiótica, un espacio construido —sea en el mundo real o en el ficcional— nunca es un espacio neutro, inocente; es un espacio signifiante y, por lo tanto, el nombre que lo designa no sólo tiene un referente sino un sentido, ya que precisamente por ser un espacio construido está cargado de significaciones que la colectividad/autor(a) le ha ido atribuyendo gradualmente. (2001, 31)

De tal manera, podemos afirmar que Paz Soldán tiene una intención concreta al llamar la ciudad Río Fugitivo y al convertir este espacio en escenario de casi toda su obra: quiere reiterar el carácter móvil, mutable e inconstante de las ciudades modernas. Fernando Chueca sostiene que la ciudad “lo reúne todo, y nada que se refiera al hombre le es ajeno. No debemos olvidar que en su interior anida la vida misma [...]. Todo aquello que al hombre le afecta, afecta a la ciudad, y por eso muchas veces lo más recóndito y significativo nos lo dirán los poetas y los novelistas” (1979, 8). Por tanto, se puede asumir a Río Fugitivo como la ciudad huidiza que arrasa y lleva en sus entrañas la vida de sus habitantes; en ella habitan, pero también de ella se escapan la verdad, el pasado y la historia. “El nombre propio se presenta entonces como una síntesis de una constelación de atributos, partes, relaciones y significaciones que informan al objeto nombrado. Es por eso que nombrar una ciudad, aun sin describirla, es suficiente para proyectar un espacio concreto, ya que el nombre propio es, en sí mismo, una descripción en potencia” (Pimentel

2001, 32). Río Fugitivo, por lo tanto, es un espacio fijo que se opone a la estabilidad y al estatismo; su nombre la describe y la condena.

Hablamos de una ciudad que se llama “Río”, y que, además, no es un río cualquiera, sino uno “Fugitivo”, es decir, una corriente de agua que huye, que teme ser atrapada o detenida. De esta forma se nos sugiere que existe en la ciudad una necesidad de huir¹ o, cuando menos, de esconderse; pero ¿cómo se escapa o se esconde algo que atraviesa de un extremo a otro un espacio? Al llamar a la ciudad Río Fugitivo, el autor insinúa en medio de las novelas una idea sobre la necesidad de escape y sobre la evasión. Dicha sensación de efugio va a ser determinante a la hora de entender los conflictos que enfrentan los personajes.

De este modo, Río Fugitivo es el lugar ideal para poner en evidencia los conflictos por el arraigo y el desarraigo a los lugares. El sentimiento de incomodidad y de extrañeza de los personajes, y la sensación de extranjería incluso cuando los individuos se encuentran en casa, además de la migración como un fenómeno actual que se complejiza a diario y que constituye una de las características claves en la narrativa de la posdictadura, son algunos de los tópicos recurrentes en las obras. Los protagonistas de *Sueños digitales* y *La materia del deseo* son las dos caras en la problemática situación del desarraigo: por un lado, Pedro Z. —protagonista de *La materia del deseo*— representa al migrante que visita “su” ciudad, el extranjero en su propia tierra; mientras, por otro lado, Sebastián —protagonista de *Sueños digitales*— es el que se queda en Río Fugitivo y tiene que contemplar con asombro la irremediable transformación del espacio.

Pedro Z. tiene una relación de amor y odio con la ciudad. Ella representa ese mundo extraño en el que creció pero que al mismo tiempo desconoce, del que desconfía y que poco a poco va desapareciendo. Para él es un lugar hostil que lo acoge cálidamente cada vez que se encuentra abrumado de su vida académica en Madison. Ve a

1 Se asume aquí que los fugitivos huyen naturalmente de lo que representa a la ley; sin embargo, el autor deja abierta la posibilidad de interpretación sobre de quién o de qué se escapa.

Río Fugitivo como una salida en la que sabe que se va a perder, un lugar que al cabo del tiempo terminará hastiándolo y desesperándolo. Las descripciones que hace de la ciudad con frecuencia suelen ser negativas:

Aspiro aliviado el aire sucio de esta región y, ahora sí, al ver la nube de polvo flotando sobre la ciudad, el cielo de un azul deslavado, y sentir el agresivo calor del sol, tan lejos de la nieve, reconozco Río Fugitivo, dibujo una sonrisa tenue y me sé, por fin, una vez más, de vuelta. (Paz Soldán 2001, 15)

Más adelante, el protagonista describirá con fuerza su relación con una ciudad que ya no le pertenece y que refleja el convulsionado momento de crecimiento y de transformación modernizadora, y que, en ese sentido, funciona como alegoría de muchas ciudades latinoamericanas. La voz del personaje nos remite a un lugar contradictorio, que posee un ambiente saturado de publicidad, predispuesto a cualquier tipo de crecimiento y alteración, y que, al mismo tiempo, tiene un aire decadente. Es justamente de ese entorno del que Pedro Z. se siente lejano:

Alguna vez fui dueño de estas calles. No era necesario conocerlas todas para saberse poseedor de ellas. Desde mis barrios movedizos —las casas que mamá habitó, la de mi tío— podía dominar el palimpsesto de ciudades que en esos días iba adquiriendo consistencia: la pobre zona sur, apretada entre la estación de tren y la feria del fin de semana y las colinas, llena de campesinos migrantes; los barrios residenciales del norte, cubiertos de árboles que daban sombra a sus calles plácidas: el casco viejo, acorralado por nuevos edificios que comenzaban a usurpar su quieto esplendor —fachadas republicanas, inglesas, iglesias coloniales, grandes casas con patios interiores—; el turbio y serpenteante Río Fugitivo, cada vez más miserable en aguas, acumulando basuras a sus costados y mendigos bajo sus múltiples puentes. (Paz Soldán 2001, 61)

Como vemos, la descripción bien podría corresponder a cualquier ciudad latinoamericana en proceso de crecimiento. El autor da cuenta del carácter modernizador, pero también hace lo propio en torno a las características tradicionalistas del lugar, de tal manera que Río Fugitivo no sólo se convierte en el espacio en el que ocurren los hechos, sino que pasa a representar un discurso sobre las tensiones entre el mundo moderno y el tradicional. Cornejo Polar afirma que “el mundo latinoamericano, y el andino específicamente, es de una violencia extrema y de una extrema disgregación. Aquí todo está mezclado con todo, y los contrastes más gruesos se yuxtaponen, cara a cara, cotidianamente. Visceralmente dislocada, esta intensa comarca social impone también códigos de ruptura y fragmentación” (1994, 22). La Bolivia escenificada en las dos novelas de Paz Soldán da cuenta de un estado que muta con el paso del tiempo. El espacio ya no funciona como un punto de identificación y arraigo porque hace tiempo dejó de ser la ciudad que los personajes conocían.

Ya a finales de los ochenta, Chueca aseveraba que la ciudad contemporánea es en esencia desintegración, y que ahora debíamos entenderla como

una ciudad fragmentaria, caótica, dispersa, a la que le falta una figura propia. Consta de áreas indeciblemente congestionadas, con zonas diluidas en el campo circundante. Ni en unas puede darse la vida de relación, por asfixia, ni en otras por descongestión. El hombre, en su jornada diaria, sufre tan contradictorios estímulos que él mismo, a semejanza de la ciudad que habita, acaba por encontrarse totalmente desintegrado. (1979, 22-23)

Río Fugitivo personifica las contradicciones de los espacios posdictatoriales inmersos en un espíritu de desintegración, de catástrofes. Tiende a representar mucho más el lugar irrepresentable, es decir, el lugar en el que el pasado quedó impreso pero que poco a poco se transforma para dar paso a un terreno desconocido y ajeno para los personajes:

Esta ciudad ya no es mía. Soy un extraño, un extranjero en ella. Me ha dejado atrás, incapaz de abarcarla, y va sin mí camino a su futuro de esplendores y desgracias. Nunca clausuré del todo los planes de volver algún día de manera definitiva, pero me las ingenié para buscar excusas que postergaran el regreso. Como un espejismo alejándose continuamente en el horizonte, Río Fugitivo está a mi alcance y siempre retrocede. Yo hago retroceder a la ciudad temeroso de volver a ella; o acaso la ciudad a la que quiero volver es sólo una y no está más, la dejé el día que partí por primera vez. Por suerte, todavía puedo escapar a Río Fugitivo cuando agobia el Norte, o, como en este caso, cuando necesito recuperar el aire después de un periodo de extravío. Ya la ciudad no es mía, y con los audífonos de mi Nomad me siento protegido. (Paz Soldán 2001, 63)

Pedro Z., en su calidad de boliviano migrante, se enfrenta a las contradicciones generadas por no sentirse plenamente parte de un solo lugar. Su vida está tanto en Madison como en Río Fugitivo, o quizás en ninguna de las dos ciudades. Con esto, Paz Soldán logra remarcar la falta de identidad y arraigo propia de la literatura de posdictadura, es decir, la incapacidad de construir un ambiente de pertenencia, ya que no se conoce ni se entiende plenamente ninguno de los dos lugares, y, por lo tanto, no se hace parte de ellos, de manera que no se puede ser en ellos:

Dejé el periódico a un lado. Los problemas de siempre, la agotadora rutina. Me había ocurrido en anteriores vacaciones: la novedad de Río Fugitivo me duraba alrededor de dos meses; luego, la ciudad me quedaba chica y quería izar amarras una vez más, para que después de un tiempo, Madison me quedara chica y deseara una vez más volver a Río Fugitivo. (Paz Soldán 2001, 190)

Del mismo modo, hacia el final de la novela, Pedro Z. afirma:

No quería pensar. Sólo deseaba alejarme lo más pronto posible de Río Fugitivo, escaparme de esa ciudad como lo había hecho antes de Madison, como si una cualidad que acabara de descubrir en los espacios que habitaba fuera su capacidad para expulsarme de ellos como si se tratara de una maldición, o mejor, parecía que una de mis cualidades fuera escapar de los espacios que habitaba como si ello significara el fin de mis pesares. Pero no había ningún fin, y la terca rueda de la vida y sus sorpresas se agazapaba para saltar sobre mí apenas arribara al aeropuerto de turno... (272)

El personaje se siente ausente, lejano y hasta expulsado del lugar con el que debería encontrar cierto grado de identificación. Y al mismo tiempo, también se encuentra distanciado de cualquier espacio físico. Sin embargo, Pedro Z. quiere sentirse cómodo, quiere hacer parte de algo, de manera que se interroga sobre su nomadismo, lo que lo llena de contrariedades:

Mi forma de vida trashumante en la última década, mi continuo ir y venir entre dos polos, me permitía la elasticidad de sentirme cómodo en ambos lugares. Había, sin embargo, una suerte de molestia subterránea, la sospecha de que esa elasticidad podía también significar no sentirme cómodo del todo en ningún lugar [...]. Quizás había vivido mucho tiempo en otros ámbitos, y me era imposible volver a casa sin deseo de estar en otra parte. Quizás abrazar el vavén tenía un precio exorbitante que todavía no había comenzado a pagar. (124)

Evidentemente, el problema de pertenencia del personaje con un lugar determinado no radica exclusivamente en su relación con la ciudad en la que nació y creció, sino en el vínculo que tienen las nuevas generaciones con los espacios. Tanto en las novelas como en la vida real, los espacios virtuales se han venido imponiendo, y lo

único que aún permite mantener el sentimiento de pertenencia con un territorio es la relación con el lugar en el que se encuentran los seres queridos o las familias. Por ello, es importante recordar que, en ambos casos, los protagonistas de las novelas son hijos de padres separados, y que, por razones políticas, sociales, culturales y hasta emocionales, viven lejos de Río Fugitivo. Cabe recordar también que la primera mención que se hace de Río Fugitivo en *Sueños digitales* es justamente para comentar que la madre de Sebastián vivía fuera de la ciudad; más adelante nos enteraremos de que también su padre vive lejos de la ciudad, y es precisamente Sebastián el encargado de mantenerlo al tanto de los acontecimientos en Río Fugitivo. Por otro lado, hay que destacar la parodia rulfiana de Pedro Z. cuando comenta las razones por las que viaja a la ciudad natal: “[...] vine a Río Fugitivo con la excusa de buscar a papá [...]” (17).

Su vida se construye como un desesperado pero silencioso intento por recuperar y aclarar sus vínculos familiares y territoriales. El personaje, al igual que su padre, decide estudiar en Berkeley y repetir los pasos de su progenitor; busca en los lugares una explicación al pasado que para él constituye el presente, y, como en *Pedro Páramo*, “la historia se define como un intento de recuperar las voces de un pasado sólo habitado por muertos” (Becerra 176). El personaje habita cada lugar (Río Fugitivo, Berkeley, Madison, etc.) porque es lo único que le permite acercarse a las personas que quiere; los espacios son lugares de evocación y a través de ellos intenta entender el mundo.

En las obras de Paz Soldán, el desprendimiento de los protagonistas hacia los lugares funciona como un reflejo del sentimiento de desterritorialización propio de la literatura de la posdictadura, una suerte de extrañamiento que se encuentra presente en los hijos de los combatientes de las dictaduras, que normalmente crecieron en distintos países o ciudades tras haber escapado de los horrores del régimen y de la represión dictatorial. El exilio y la marginalidad constituyen de alguna manera una especie de herencia familiar que recibe inocentemente la generación posterior a la dictadura. Señala

Judith Filc que en la década de los noventa —en medio de los procesos de transición democrática— se publicó una serie de novelas “cuyos protagonistas viven en los márgenes e intentan, fallidamente, construir un yo narrativo, apropiarse de un territorio” (2004, 198). De acuerdo con ello, las novelas de Paz Soldán son la voz de la generación posdictatorial en Bolivia, y sus personajes encarnan el sentimiento de aislamiento y exilio, así como las problemáticas de identificación y extranjería que menciona Filc.

Como decíamos, si se piensa en la ciudad como un espacio que permite el arraigo y el sentimiento de identidad, los dos protagonistas se encuentran a la deriva. Pedro Z. siempre llega a Río Fugitivo durante las vacaciones y nunca con intenciones de quedarse; para él, la ciudad no es más que otro lugar de escape. En el caso de Sebastián, su relación con la ciudad se hace más conflictiva a medida que avanza la novela. Él describe una ciudad que no acaba de diseñarse, una ciudad que crece en medio del fenómeno de migración interna del país y a la que van a llegar campesinos que no terminan de adaptarse a los cambios de la sociedad moderna; para él, la ciudad recibe el futuro con los brazos abiertos a costa de ignorar el pasado. Para Sebastián es importante recalcar que existe una gran distancia entre las clases sociales y que en la ciudad se han demarcado las diferencias del espacio según los ingresos de sus habitantes, de manera que él debe enfrentar y asumir su lugar en ella.

Acceleró el paso. La luz del alumbrado público carecía de fuerza pasando el puente. El río era una frontera que separaba la ciudad luminosa de la zona de sombra. Barrios de casas decrepitas, donde vivían aquellos que habían escapado de la pobreza pero no habían terminado de dar el salto a la seguridad económica. Ventanas azuladas por los televisores, Volkswagens brasileros estacionados en la calle, triciclos tirados en las aceras, perros insolentes y gatos advenedizos. [...] Había que trabajar para mudarse cinco cuadras al otro lado del río y entre los anuncios, había que sacar a Nikki de ese barrio de perdedores. (Paz Soldán 2000, 33)

Para el protagonista de *Sueños digitales*, Río Fugitivo no es más que un pueblo chico tanto en alma como en tamaño. Le parece pretencioso el avasallante cambio modernizador que resta la identidad y el reconocimiento de los sujetos con el espacio, y critica fundamentalmente el espíritu de los gobernantes, quienes pretenden llevar la ciudad hacia la modernidad sacrificando la importancia y las referencias históricas que los lugares van adquiriendo. Las transformaciones de Río Fugitivo van desde el cambio de los nombres de sus calles hasta la construcción de grandes edificios en donde había durante otra época casas llenas de historia nacional, y la saturación de ventas que, conservando la informalidad del pasado, comercian con la última moda:

Una nueva ciudad florecía ante sus ojos entre el ajetreo de librecambistas ofreciendo dólares y vendedores informales con sus carretillas llenas de jeans Calvin Klein falsificados en el Paraguay y Gameboys sin sus cajas y jugosos duraznos de Carcaje. Aparecían letreros informando de la construcción de un edificio de quince pisos en lotes que sólo ayer albergaban iglesias coloniales y casas solariegas. Proliferaban videoclubs y cibercafés, y restaurantes y floristerías cambiaban sus nombres en español por otros en inglés y portugués. (Paz Soldán 2000, 21)

Estos datos reiteran el desprendimiento del pasado que se presenta en la ciudad y en sus habitantes. La importancia de la historia que está inmersa en los lugares se desdibuja y poco a poco se pierde dando lugar, nuevamente, a un sentimiento de extravío y a una ausencia de pertenencia con el espacio. Tanto en *La materia del deseo* como en *Sueños digitales*, los personajes ejercen el papel de espectadores ante las transformaciones del espacio. Plantean de manera crítica su percepción sobre la ciudad, y, sin embargo, no hacen nada para sentirse más a gusto en ella.

Otro de los aspectos que hace relevante el asunto del espacio en las novelas es el contraste permanente entre Río Fugitivo y otras

ciudades o lugares “reales”, puesto que en las obras se establecen relaciones con referentes extratextuales existentes que contribuyen a la verosimilitud del relato y que, de acuerdo con Luz Aurora Pimentel (2008, 14), constituyen un sistema significativo complejo, ya que el lector cuenta con una serie de esquemas mítico-espacio-referenciales que son utilizados al momento de la lectura y que, por supuesto, transforman la asimilación del relato. En ambas novelas, los contrastes entre Río Fugitivo y otras ciudades son claves para entender las problemáticas que se plantean.

El autor contrasta la realidad de Río Fugitivo con la de Potosí o La Paz, así como hará lo propio entre Río Fugitivo y Madison. En *Sueños digitales*, Sebastián dice: “Río Fugitivo había sido invadida por paceños. No los culpaba: La Paz era la ciudad del pasado, un territorio que daba manotazos de ahogado en la venenosa corriente arrolladora del tiempo” (Paz Soldán 2000, 24). Emplear La Paz y los paceños como referente extratextual permite que el lector perciba con más claridad la ilusión de realidad que el autor quiere transmitir. Por otro lado, da herramientas para configurar imaginariamente lo que es y lo que no es Río Fugitivo; en este caso, Río Fugitivo es, por asociación de ideas, la ciudad del futuro que se empeña en dejar atrás al pasado.

Recapitulando, podemos afirmar que el espacio físico en el que transcurren las novelas es utilizado por el autor para plasmar lo transitorio y cambiante de la sociedad. Al materializar parte de la realidad boliviana en Río Fugitivo, Paz Soldán invita al lector a una reflexión sobre lo permanente, sobre lo estático y sobre aquello de la historia que invariablemente quedaba impreso en los lugares y que ahora cada vez se torna más efímero. Lo cierto es que dichas descripciones urbanas funcionan como elementos que contribuyen a conocer y entender con más profundidad el espacio ficcional que construye el autor. En este nivel, el espacio en las novelas cobra significación y protagonismo, pues Río Fugitivo no es sólo el escenario para la trama; de alguna forma, la ciudad misma se convierte en el eje a través del cual el autor intentará revelar lo mudable que ahora es la memoria, lo alterable que puede ser la realidad y lo confuso

de algunos recuerdos, esos que hacen parte de la memoria de los habitantes de Río Fugitivo y que también representan, de alguna manera, la memoria de los bolivianos.

Obras citadas

- Becerra, Eduardo. 2008. “¿Qué hacemos con el abuelo? *La materia del deseo*, de Edmundo Paz Soldán”. En Jesús Montoya Juárez y Ángel Esteban (comps.), *Entre lo local y lo global: narrativa latinoamericana en el cambio de siglo (1990-2006)*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert.
- Chueca Goitia, Fernando. 1979. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cornejo Polar, Antonio. 1994. *Escribir en el aire*. Lima: Horizonte.
- Filc, Judith. 2004. “Desafiliación, extranjería y relato biográfico en la novela de la posdictadura”. En Ana Amado y Nora Domínguez (comps.), *Lazos de familia (herencias, cuerpos, ficciones)*. Buenos Aires: Paidós.
- Paz Soldán, Edmundo. 2000. *Sueños digitales*. Bogotá: Alfaguara.
- Paz Soldán, Edmundo. 2001. *La materia del deseo*. Bogotá: Alfaguara.
- Pimentel, Luz Aurora. 2001. *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI Editores / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pimentel, Luz Aurora. 2008. *Relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: Siglo XXI Editores.

Bibliografía

- Avelar, Idelber. 2000. *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Chile: Cuarto Propio.
- Bajtín, Mijaíl. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Cruz Kronfly, Fernando. 1998. “Las ciudades literarias”. En Fabio Giraldo y Fernando Viviescas (comps.), *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Jameson, Fredric. 1996. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- Ricoeur, Paul. 2003. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.